

# Elogio de la filosofía

*O el arte de emancipar las palabras.*

RODOLFO REZOLA

“Creo haber resumido mi posición con respecto a la filosofía al decir: de hecho, sólo se debería poetizar la filosofía”.

Ludwig Wittgenstein, *Observaciones diversas. Cultura y valor.*

La imaginación filosófica no está de moda. Además de extraña, irritante a veces y llena de incertidumbres, la de los filósofos, ya se sabe, es una actividad inútil. Un lujo que, tal y como están los tiempos, no nos podemos permitir. Los viejos y desgastados filósofos profesionales andan perdidos en sus enredos académicos, aunque bien es cierto que cada vez menos, ya que con los nuevos planes de estudios, estamos extinguiéndoles de nuestros proyectos de ciudadanía.

Y, sin embargo, algunos procuramos insistir con pasión en la tarea de liberar las palabras *filósofo*, *filosofía* y *filosofar* tanto de su secuestro epistemológico como de su ninguneo por parte de los ejecutivos de la mitología de *los mercados*. Para este empeño en sacar a la filosofía del lugar ocupado por su tradición metafísica afín al *estilo Platón* de transmisión de los saberes, puede sernos útil el ejercicio pragmático de los nuevos juegos narrativos de lenguaje con el *estilo Protágoras* de comunicación entre personas. En este segundo sentido, emancipador de los usos vigentes, a la imaginación filosófica la hacemos venir como el juego de lo posible acerca de nuestras maneras de vivir. Esta acti-

tud, la de las personas filosofando, se dice en los usos lingüísticos que asociamos al género metanarrativo que interroga y pone en entredicho los relatos de vida que hemos absorbido como *personas esponja* en las relaciones culturales de nuestro entorno.

¿Y si no concibiéramos la filosofía como el nombre de una asignatura o disciplina académica, ni como el de un departamento didáctico o una facultad universitaria, ni tampoco como el de una sección de ventas en las librerías...? ¿Qué acontecería a nuestro alrededor si la filosofía fuera eso, filosofía: la actividad de ponerse a entrenar una actitud de extrañamiento del mundo? ¿Cómo transformaríamos las redes de relaciones en el mal sueño del globalizado bloque del mito de la verdad ahora ocupada por *los mercados*? ¿Para qué nos serviría acostumbrarnos a elogiar las narraciones metanarradas de los usos vigentes interrogados, interpelados y desanclados, expuestos al juego de otro posible saber hacer asociaciones humanas?

¿Dónde, en qué diversidad y alteración de espacio-tiempo, haríamos venir la convivencia cultivando el arte de emancipar nuestros usos o juegos de lenguaje heredados —esos mismos que nos desocupan de los relatos de vida propios y del empoderamiento de nuestro deseo de crecimiento personal— con la imaginación filosófica germinadora de otros sueños por soñar? ¿Qué pasaría si en el arte de la filosofía nos entrenáramos para emanciparnos de las narraciones recibidas como verdades absolutas, como creencias ya preconcebidas por otros, con ese aire tan familiar suyo de lo que hemos dado por supuesto porque llevamos toda una vida jugando a esa manera de convivir?

Imaginemos qué panorama abrimos al respecto de nuestra imagen de nosotros mismos y de las demás personas en comunidades de investigadores narradores (CIN), cuando lo que hacemos es aplicar este ejercicio filosófico de emancipación a las palabras *fragilidad*, *incompetencia* y *relativismo*.

## ELOGIO DE LA FRAGILIDAD

*Fragilidad* es una palabra que no tiene buena fama. Sin embargo, traemos la fragilidad con nosotros en forma de ausencia y cargamos con

ella el resto de nuestras vidas en sus variopintas formas de presencia.

Al parecer, los humanos somos unos animales que no contamos en nuestro código genético con las pautas de comportamiento dadas para actuar con éxito en el entorno, entendiéndose por éxito tanto conseguir sobrevivir en el medio como actuar con satisfacción en él. Esta fragilidad genética nos da tanto la posibilidad como la necesidad de inventar nuestras propias maneras de vincularnos en los ecosistemas en los que vivimos. La actividad de concebir preguntas y respuestas acerca de cómo actuar hace de nosotros una especie *creadora de mundos*: hace que seamos animales habitando la realidad según cómo interpretamos el entorno, actuando según cómo nos relacionamos simbólicamente en el medio. ¿Qué ocurriría si las formas mentales o los usos lingüísticos fuesen nuestras maneras de vivir? Quizás que conviviríamos según cómo nos educáramos en unos u otros juegos de lenguaje y estilos de comunicación. Platón, Kant y Dewey habrían acertado: seríamos lo que hiciera de nosotros nuestra educación o comunicación.

Y así, aquella ausencia de nuestra fragilidad genética la convertimos en la presencia de nuestra fragilidad cultural. Ausentes nuestros relatos de vida, los inventamos socialmente como “creación de lo que está por hacer venir” (así apuntaba Ortega el significado de *cultura* en el mejor de sus sentidos) y novelamos nuestra vida jugando con metáforas de las que hemos olvidado que lo son –como quería Nietzsche–. Esos usos lingüísticos vigentes caen con su peso sobre nosotros con la familiaridad de lo cotidiano, de lo que está presente, de lo que acontece. De manera que los animales humanos *contamos* con las creencias, intereses, proyectos y sentimientos que han ido depositando en nosotros las redes de relaciones sociales en las que nacemos y crecemos. Esto nos ocurre casi siempre sin darnos cuenta, fluyen hacia nosotros y las absorbemos por todos nuestros poros en la familia, la escuela, los grupos, los medios de comunicación, las relaciones laborales y las personales..., en todas y cada una de nuestras relaciones. Los anteriores nos socializan en sus usos y costumbres, nos responden con indicaciones más o

menos precisas de qué es bueno comer y qué no, cómo divertirse y cómo no, cómo vivir nuestra sexualidad; y así hasta el completo repertorio del recetario cultural acerca de cómo ser uno de los nuestros y no morir en el intento. El peso de miles de años de continuidades mestizas de historias de animales humanos cae sobre los individuos de nuestra especie y con frecuencia ocasiona el malestar de la cultura. Las instituciones sociales y las relaciones de poder son vínculos entre individuos que en algún momento hemos hecho venir para que ahora sean tal y como son.

¿Qué podemos hacer con tanta fragilidad? Se puede negar u ocultar, pero también se puede cultivar como un filosófico mutuo *cuidado de sí*. Los animales humanos somos frágiles porque aunque nacemos con el código genético de la especie, solo nos hacemos personas jugando a relaciones de reconocimiento mutuo entre personas, entre iguales en nuestra habilidad para crear mundos compartidos para la convivencia (abandonando por desuso la torpe dialéctica amo/esclavo). Si no aprovechamos la ausencia genética de respuestas para crear la presencia de un estilo propio de comunicación, propicio para novelarnos a nosotros mismos como individuos conversando los juegos públicos de lenguaje, entonces nadie lo hará por nosotros. La realidad no humana calla y solo nosotros, los animales humanos, podemos usar o no nuestra humana medida del entorno para crear mundos en los que deseamos concebirnos como personas entre personas.

Esta es la propuesta o hipótesis de investigación del tiempo de juego de la educación filosófica: ¿y si nos hiciéramos personas entre personas jugando, en las redes de relaciones compartidas, al proceso de búsqueda de la creación de mundos o estilos de comunicación para el reconocimiento mutuo?

### ELOGIO DE LA IGNORANCIA

Qué malo y nefasto nos parece ser ignorantes. Y no digo nada si presentamos la ignorancia como incompetencia, como un no saber hacer algo en nuestras vidas. La autoestima se nos encoje cuando

reconocemos que no sabemos hacer, y la de los filósofos parece ser la actividad dedicada específicamente a esto: a mostrarnos que no sabíamos donde antes creíamos que sí. Por eso es tan delicado ejercitar la filosofía, porque somos las personas las que parecemos estar en juego en ella, precisamente porque, ausentes las respuestas genéticas, solo contamos con las de nuestra cultura para saber quiénes vamos siendo y quiénes deseamos ser, y si cuestionamos estas soluciones (resultados) que tenemos a mano en nuestros entornos de convivencia, es comprensible que nos sintamos más débiles, más indefensos y mucho más torpes y extraviados que cuando creíamos contar con un repertorio de respuestas, es decir, con unas maneras de vivir a prueba de bombas.

Sin embargo, la filosofía procura el cuidado de nuestra fragilidad precisamente poniendo en valor la incompetencia para cultivar el deseo continuo de crecimiento personal. Es decir, la actitud filosófica llama nuestra atención sobre los procesos de investigación, de búsqueda, y no tanto sobre los resultados, porque hace que el proceso sea el resultado. La aventura del juego filosófico de lo posible es el proceso mismo de andar investigando acerca de nuestras habilidades en el entorno para saber cómo hacer nuevos vínculos de reconocimiento mutuo entre personas. De ahí que sea atractivo imaginar la actividad del filósofo con ese penúltimo verso del poema *Los justos* de Borges que dice: “el que prefiere que los otros tengan razón”. Si *tener razón* es entrenar la habilidad lingüística o simbólica de crear mundos con nuestra humana medida de las relaciones personales en el entorno; y si esto acontece en los usos públicos de los juegos de lenguaje que compartimos en nuestras redes de relaciones, entonces, *que los otros tengan razón* señala nuestra preferencia por mantener la conversación entre personas acerca de qué consideramos mejor o peor para nuestros estilos de vida en común. En este sentido, la razón no se tiene, se hace: la razón es la medida del mundo o el relato del estilo de vida en común que hacemos venir en las redes de relaciones simbólicas que inventamos. Imaginamos medidas o maneras de vivir filosó-

ficas manejándonos con los asuntos humanos en la conversación metanarrativa abierta en los mismos entornos de convivencia que ponemos en cuestión, entre *interrogantes de deseabilidad*.

Los educadores, cuando filosofamos nuestra ignorante incompetencia, hacemos de esta un motor de búsqueda, un fortalecimiento del poder que mostramos con nuestra voluntad de investigar el sentido del mundo. Y así, el elogio de nuestra incompetente ignorancia es una alabanza del cuidado de la fragilidad de los procesos de comunicación en los que inventamos los estilos de vida que vamos haciendo venir. Es un elogio del relativismo, con su finitud, su incompletud y su invitación a valorar cualquier situación de ignorancia como una experiencia de transformación. La educación filosófica es el tiempo de juego de la humana medida de nuestras creencias para recrear las maneras de relacionarnos que hacen que para nosotros valga la pena vivir. Lo que ponemos en juego es cómo queremos jugar, para qué hacer venir unos u otros imaginarios de persona, sociedad y educación.

La incompetencia como metáfora de investigación o experiencia de transformación es análoga a la metáfora de la conversación filosófica: ambas son realidades situadas, que se sostienen en el proceso mismo de su acontecer, de su hacerse venir. Así que las de los filósofos son conversaciones que requieren cierto grado de incompetencia, de no saber lingüísticamente cómo hacer. Su habilidad no es la de los expertos, sino la de los ignorantes, la de nuevos usuarios que inician algo que desconocen.

### **ELOGIO DEL RELATIVISMO**

También el miedo a la palabra *relativismo* aparece, pues, como el miedo a nuestra fragilidad, a nuestra libertad, a las experiencias, a la responsabilidad de inventar cartografías imaginarias, rutas salvajes, inexploradas, para mejorar nuestras habilidades narrativas de reconocimiento mutuo. Es una palabra tabú, para la que algunos buscan el eufemismo *relacionismo*. Y lo es porque está secuestrada por los relatos epistemológicos que vienen a decir que si no hay

una verdad absoluta, entonces todo está permitido (cuando más bien podría decirse a la inversa: cuando creemos en alguna verdad absoluta, todo está permitido en su nombre y en su defensa). En la metáfora relativista, lo permitido, lo deseable y lo que hacemos venir son creaciones entre personas. De lo que se trata es de elegir las maneras de vivir que inventamos comunicándonos. Al fin y al cabo, lo del *relativismo* es un asunto de preferencias humanas.

El diccionario de la RAE dice que *relativo* es lo relacionado con algo, mientras que *absoluto* es lo no relacionable (lo incondicionado, lo inefable). Si la verdad –cualquier creencia humana– es una relación –como atribuye Sexto Empírico a Protágoras–, entonces los animales humanos parecemos cuerpos de relaciones simbólicas en el entorno. Y un elogio del relativismo no es sino un reconocimiento compartido de nuestra humana medida del entorno. Pero, entonces, ¿quién pone la medida a nuestras maneras de vivir?

¿Qué pasaría en nuestras aulas –y en nuestros entornos de convivencia en general– si la medida del saber hacer nuestros proyectos de vida en común no estuviera en los maestros –o sabios anteriores– ni en los alumnos –o aprendices posteriores–, sino en la relación que imaginamos en los estilos de comunicación que hacemos venir conversando entre iguales? En el *estilo epistemológico* de comunicación, los anteriores enseñan su sabiduría a los aprendices, algo que deben aprender. En el *estilo nihilista* de comunicación, los posteriores niegan la transmisión de los sabios maestros, algo que quieren destruir, que no quieren repetir ni mantener. Mientras, en el *estilo CIN* de comunicación hablamos de personas que conversan, investigan o recrean el sentido del mundo en las relaciones que quieren cuidar para el sostenimiento y apoyo mutuo como personas entre personas.

¿Qué ocurre a nuestro alrededor cuando transformamos las relaciones humanas en comunidades de personas investigadoras de sus relatos del mundo? En el estilo metanarrativo CIN, se trata de acoger, sorprender, experimentar y crear. Se trata de cultivar y cuidar nuestra vida emocional y nuestra voluntad, de confiar en nuestras

frágiles relaciones incompetentes para desear hacer de ellas *preguntas escalera* en las que ir caminando –con el pensamiento cuidadoso, crítico y creativo– por rutas insospechadas, sorprendentes, danzarinas y juguetonas. No hay otros libros de texto –ni otros relatos de vida– que los comunicados en los propios procesos de investigación-acción de nuestras relaciones abiertas en una comunidad de iguales.

En este sentido, la filosofía es un uso público posible de la conversación sobre nuestras maneras de vivir que se abre en el tiempo político de la convivencia. Lejos de hacer filosofía porque no podemos hacer política (Platón), hacemos política como entrenamiento filosófico de una vida en común conversada (Protágoras). En su estilo CIN, investigamos las relaciones de poder entre personas en los usos públicos de juegos de lenguaje. La filosofía deja de significar el juego de la *episteme* o verdad, y se usa como *prágmata* o sentido, como relación o medida de los asuntos de la convivencia cuando cuestionamos las ideas o creencias preconcebidas.

En estos momentos, en nuestra situación de ciudadanos globalizados, estandarizados y pautados, la filosofía, como el arte de emancipación de los usos vigentes de las palabras secuestradas por el estilo de vida de *los mercados* (que algunos no queremos continuar haciendo venir ya más), es la técnica para hacer posible lo que parece imposible: crear otras maneras de vivir, otros nuevos sueños por soñar el reconocimiento mutuo como personas entre personas para la igualdad de oportunidades vitales. Por ejemplo, como las de los que preferimos que los otros tengan razón para hacer también posible así –como *by product*– hacer venir –emancipándola– la propia razón, las propias palabras, nuestros propios relatos o juegos de lenguaje.

[A Carmen Loureiro, Marta Nogueroles, Magda Riquer y Angélica Sátiro.]



RODOLFO REZOLA ES PROFESOR DE FILOSOFÍA, AUTOR DE *FILOSOFÍA Y FRAGILIDAD* Y CREADOR DEL PROYECTO DOCENTE *MI BALZA ROJA*.